

ENRIQUE
MARTÍNEZ LOZANO

El evangelio lee nuestro anhelo

Comentario al Evangelio de cada día

Ciclo B - 2017/2018



DESCLÉE DE BROUWER

ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO

EL EVANGELIO LEE NUESTRO ANHELO

Comentario al evangelio de cada día
(Ciclo B - 2017/2018)

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO – 2017

ÍNDICE

Introducción	11
Tiempo de Adviento	15
Tiempo de Navidad	39
Tiempo Ordinario	57
Tiempo de Cuaresma	97
Tiempo de Pascua	149
Tiempo Ordinario	203
Índice de las lecturas evangélicas	401

“No busques la verdad, tan solo deja de mantener opiniones”

Xin Xin Ming.

“No pasa / nada. Los ojos no ven, / saben. El mundo está bien / hecho”

Jorge Guillén.

“Aquí se puede ver el camino en lucha con la tierra, el amarillento acantilado, el castillo con sus portillos, sus crestas y sus muros. El camino se hace entonces afilado, y los pasos se incrustan en él cada vez más profundamente. El camino se mete en la tierra, pero lo detiene el desprendimiento de una colina entera. Le es necesario entonces saltar por encima para continuar su trazado un poco más adelante: el camino no olvida jamás su objetivo”

David Le Breton.

“Realizarse es descubrir la verdad que soy detrás del error que vivo”

Antonio Blay.

Había una vez dos peces jóvenes que iban nadando y se encontraron por casualidad con un pez mayor que nadaba en dirección contraria; el pez mayor los saludó con la cabeza y les dijo: “Buenos días, chicos. ¿Cómo está el agua?”. Los dos peces jóvenes siguieron nadando un trecho; por fin, uno de ellos miró al otro y le dijo: “¿Qué demonios es el agua?”.

INTRODUCCIÓN

El ser humano se percibe a sí mismo como un *ser anhelante*. Dentro de la tradición cristiana, en un lenguaje teísta, Agustín de Hipona expresó esa percepción de un modo sublime: “*Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*”.

Sin embargo, parece necesario precisar a qué nos referimos cuando hablamos de “anhelo”. Porque suele confundirse con otros movimientos psíquicos y, sobre todo, porque una inadecuada comprensión del mismo puede confundirnos acerca de nuestra verdadera identidad.

El anhelo no es lo mismo que el deseo que nace de la necesidad. En un nivel relativo, el ser humano es pura necesidad; no es extraño, por tanto, que se sienta sacudido constantemente por deseos que tiran de él en diferentes direcciones. Ahí nos movemos. El riesgo aparece cuando, apropiándonos del deseo, nos reducimos a él. Porque, en ese mismo momento, desconectamos de nuestra verdadera identidad para convertirnos en marionetas movidas por las necesidades y los miedos.

El anhelo no tiene tampoco nada que ver con lo que podría ser la exigencia mental que nace generalmente del “yo ideal” o incluso del superyó. En virtud de ese mensaje, la persona se siente “impelida” a sacar adelante una acción determinada o a comportarse de un modo específico.

Esta doble matización orienta nuestra mirada hacia *algo más profundo e interior que los meros deseos sensibles y las exigencias mentales*. Pero todavía es necesaria una puntualización más para prevenir un engaño mucho más sutil, pero no menos peligroso.

Esta última trampa es la que hace conectar el anhelo –innegablemente experimentado– con una supuesta carencia original. Según esta lectura habitual, el ser humano es visto como –y reducido a– un yo particular, radicalmente necesitado, frágil y vulnerable, es decir, como un ser carenciado. Sin ningún cuestionamiento previo, se da por sentado que su “personalidad” constituye –es lo mismo que– su “identidad”.

Una vez que se asume como real esa visión, solo quedan dos caminos: la *resignación*, que ve la carencia como definitiva y califica al anhelo de ilusión engañosa, o la *proyección*, que sitúa la plenitud anhelada en el exterior y en el futuro, como “algo” que supuestamente nos completaría.

La primera es la lectura del ateísmo clásico; la segunda es la propia de las religiones teístas. En esta se inscriben las palabras de Agustín, citadas más arriba. A mi parecer, *aciertan al afirmar que solo hay descanso en la plenitud, pero se equivocan al situar la plenitud “fuera”*, proyectando en el exterior lo que realmente somos. Al hacerlo así, el “Dios” pensado secuestra nuestra verdadera identidad: lo que realmente somos, es arrebatado y proyectado en un Ente separado.

El evangelio lee nuestro anhelo

Eso explica que, para salir de esa trampa mortal, sea necesario abrirse al modelo no-dual de cono-^{ción}¹. Desde él, es claro que somos plenitud –consciencia de ser, vida...–, por lo que no se trata de “perseguir” ningún objeto fuera, sino de caer en la cuenta y reconocer lo que siempre hemos sido.

“Si no fuéramos plenitud, no nos dolería la carencia”, escribía Antonio Blay. Somos aquello que permanece cuando todo cambia. Y eso único permanente no es otra cosa que la *consciencia de ser*. Lo que ocurre es que no podemos captarlo pensando, debido a la naturaleza dual y separadora de la mente, sino atendiendo –acallando el pensamiento– y, finalmente, siéndolo.

Somos, pues, conciencia que se expresa en una forma particular –como “personalidad”–; plenitud que adopta una modalidad concreta. Si el error de base consiste en olvidar nuestra identidad y reducirnos a la forma, la sabiduría nos lleva a reconocernos en lo que realmente somos.

¿Qué significa entonces el anhelo? Tal como lo percibimos, sería sencillamente la expresión –o, si se prefiere, la “voz”– de la plenitud que somos. Dicho de un modo más preciso: el anhelo de vida y de plenitud obedece a la intuición de que, en realidad, uno *es* la Totalidad. Pero, cuando esa intuición se aplica a la sensación de identidad independiente, termina adulterándose y convirtiéndose en el deseo de *poseerlo* todo. Así, en lugar de *serlo* todo, uno se limita simplemente a tratar de poseerlo. Este es el fundamento de toda búsqueda de gratificación sustitutoria, la sed insaciable que padece todo yo independiente.

A partir del momento en que aparece la sensación de identidad separada, la sombra de la muerte será su inseparable compañera. Y no hay nada que el yo pueda hacer; por eso recurre a todo tipo de apoyos “externos” que contribuyan a aliviar el miedo a la muerte y consoliden el engaño de que el yo es inmortal. Pero todos ellos son *objetos sustitutorios*, del mismo modo que el yo independiente es un *sujeto sustitutorio*.

No hay modo de salir de esta trampa hasta que no reconocemos nuestra verdadera identidad. Al caer en la cuenta de ello, descubrimos también que, en realidad, *anhelamos lo que ya somos*. Con lo cual, se nos hace evidente que lo que nombramos como “anhelo” no es sino otro nombre de la plenitud. De ahí que no nos “lance” hacia fuera ni hacia el exterior, sino que nos ancle en nuestra auténtica “casa”. Y será entonces, una vez reconocida nuestra identidad, cuando la Vida –la plenitud– se exprese a través de nosotros, de una manera sabia y amorosa.

Si el anhelo expresa lo que ya somos, ¿qué sentido tiene acercarnos al evangelio? Hay un motivo sencillo: *el evangelio* –como todo libro “sagrado”, antiguo o moderno– *y nuestro corazón dicen lo mismo*. Porque en ambos se expresa la sabiduría atemporal que se halla en el origen y en el corazón de todo lo real. Sabiduría que no es diferente de la conciencia originaria y originante.

1 Para una comprensión de lo que ello implica, remito a mis libros anteriores: *Otro modo de ver, otro modo de vivir. Invitación a la no-dualidad*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2014; *Cristianos más allá de la religión. Cristianismo y no-dualidad*, PPC, Madrid 2015; así como a los comentarios del evangelio de los dos Ciclos litúrgicos anteriores: *Otro modo de leer el evangelio. Comentario al evangelio de cada día (Ciclo C, 2015-2016)*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2015; *Guía para volver a casa. Comentario al evangelio de cada día (Ciclo A, 2016-2017)*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2016.

Esto requiere acercarse al texto evangélico, no como un anecdotario de la vida de Jesús, tampoco como un código moral o como un “catecismo” doctrinario, sino como un *texto sabio que, precisamente por serlo, conecta con el corazón de cualquier ser humano que busca*.

Y lee nuestro anhelo porque, del mismo modo que la conciencia –como la vida– es solo una, que todos compartimos y que en todos se manifiesta, la plenitud y el propio anhelo es siempre el mismo en todos los seres. Eso explica que, al acercarnos al evangelio, descubramos el anhelo que movía a Jesús –si bien expresado con palabras propias de la época– y caigamos en la cuenta de que no es diferente del que nos mueve a nosotros.

Este primer reconocimiento libera ya de cualquier riesgo de alienación, porque no se otorga la autoridad a un texto “ajeno”, por más “sagrado” que fuere, sino a la sabiduría profunda y única, que “resuena” en nuestro interior como propia, aunque haya sido “despertada” por las palabras de otro. *El anhelo*, decía más arriba, *es la vida misma que fluye a través de nosotros*. Eso hace que lo sintamos dotado de un *dynamismo* poderoso, sabio y ajustado, que a la vez que nos ancla en lo que somos, nos conecta en la unidad con todo y busca desplegarse armoniosamente.

El anhelo, pues, no es “algo” ajeno ni separado, sino que constituye realmente nuestra “casa”, el lugar donde hacer pie, nuestra identidad. Y nos recuerda nuestra única certeza: la *certeza de ser*. De todo lo demás podremos dudar, cualquier otra cosa será impermanente; sin embargo, estemos como estemos y ocurra lo que ocurra, siempre permanecerá estable la *certeza de ser*.

Los comentarios que siguen quieren ayudar a *comprender el mensaje del evangelio desde nuestro propio anhelo*. Para experimentar que realmente lo que en él se dice lee nuestra propia vida y nos conecta a nuestra verdadera identidad, aquella a la que el propio Jesús se refería cuando afirmaba: “*Yo soy la vida*” o “*El Padre y yo somos uno*”.

TIEMPO DE ADVIENTO

I SEMANA DE ADVIENTO

3 de diciembre – domingo

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: “Mirad, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!”.

Mc 13, 33-37

La palabra de Jesús (“*velad*”) bien podría traducirse por “estad atentos”, “estad despiertos”. Lo opuesto a la atención es la rutina y el modo de funcionar en “piloto automático”. La rutina tiene la “ventaja” de que facilita las cosas y nos otorga una cierta sensación de seguridad: nos movemos por caminos trillados en los que todo resulta familiar. Los hábitos permiten que hagamos muchas cosas sin ni siquiera tener que pensar: las hace el “piloto automático”. Sin embargo, y aun reconociendo la necesidad de hábitos –de aprendizajes automatizados–, si no estamos atentos, ese modo de funcionar tiene un precio muy alto que puede llegar a manifestarse como aburrimiento y vacío: *perdemos la novedad y el frescor de la vida*. En realidad, más que vivir, vegetamos, sobrevivimos o actuamos.

La atención, por el contrario, nos conecta con la vida, porque nos trae al presente. Y el presente es el único lugar de la vida. Gracias a la atención, vivimos en la conciencia, *acogiendo todo desde la lucidez y amando todo desde la sabiduría*. Nos alineamos con la corriente de la vida, y venimos a hacer el descubrimiento mayor al que podemos aspirar: que *la conciencia no es solo una actitud que podemos favorecer, sino que constituye nuestra verdadera identidad*. No soy un yo capaz de poner atención o conciencia en lo que hago. Soy la única Consciencia que penetra todo lo real y en todo se expresa. Consciencia que se halla siempre a salvo y que –al hilo de las palabras de Jesús– nunca puede ser sorprendida por ladrones o peligros de ningún tipo.

Ahora bien, para percibirlo, se requiere acallar la mente (pensante), situándonos como “testigos” desapasionados de todo lo que se mueve en ella y aprendiendo a descansar en el silencio mental. Para ello, en medio de cualquier actividad, es bueno preguntarse: ¿Estoy completamente aquí? La práctica continuada, no solo hará que *saboreemos* la vida, sino que la reconocemos como nuestra verdadera identidad y nos familiaricemos con ella: en sentido absoluto, no somos la “ola” que emerge haciendo piruetas, sino el “océano” de donde la ola surge; no somos el “remolino” que forma la corriente del río, sino el río mismo que “juega” en esa forma. Ver esto es “estar despiertos”.

¿Estoy completamente aquí?

4 de diciembre – lunes

En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaúm, un centurión se le acercó diciéndole: “Señor, tengo en casa un muchacho que está en cama paralítico y sufre mucho”. Jesús le contestó: “Voy yo a curarlo”. Pero el centurión le replicó: “Señor, ¿quién soy yo para que entres bajo mi techo? Basta que lo digas de palabra y mi muchacho quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes y le digo a uno «ve» y va; al otro «ven» y viene; a mi muchacho, «haz esto», y lo hace”. Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: “Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos”.

Mt 8, 5-11

Sin duda, el evangelista desea mostrar cómo la fe en la palabra de Jesús conduce al Reino de los cielos más eficazmente que la pertenencia al propio “pueblo elegido”. De ese modo, hace a los creyentes en Jesús miembros de la gran “familia” de los patriarcas, es decir, los introduce en el “pueblo de las promesas”, anteponiéndolos incluso a los propios judíos.

Habitualmente, se ha entendido la fe como una adhesión mental a una doctrina o a una persona. Así entendida, creía en Jesús quien admitía que era el Hijo único de Dios encarnado por quien se nos alcanzaba la salvación eterna. Esa formulación encajaba perfectamente en una conciencia mítica, que imagina la divinidad como un Ente separado, del que dependen, de la manera más heterónoma, los destinos de los seres humanos. De hecho, para los creyentes que se hallan en ese nivel de conciencia, una formulación de ese tipo no provocará ningún cuestionamiento. Sin embargo, en cuanto se toma distancia de aquel “modo de ver” –mítico y dualista–, algo nos dice que la lectura literal de ese “contenido de fe” es inasumible. Cabe –como ocurre cuando leemos cualquier mito– una lectura simbólica, que rescate toda la sabiduría que contiene, pero resulta imposible asumirlo literalmente.

“Creer en Jesús” no es algo que pase, en primer lugar, por la mente. Tal como él mismo dijo, pasa antes por el “corazón”: “No todo el que me diga «Señor, Señor» entrará en el Reino de los cielos, sino el que cumpla la voluntad de mi Padre que está en el cielo” (Mt 7, 21). La fe en Jesús es más una cuestión de actitud y de práctica que de creencias mentales, tal como pone de relieve la parábola del “juicio de las naciones”, donde el Maestro reconoce a quien alimenta al hambriento, viste al desnudo... (Mt 25, 31-46). Pero es todavía más que eso: no se trata solo de seguir sus actitudes y su comportamiento. Creer en Jesús significa reconocernos en aquella “identidad compartida”, donde todos somos uno, donde nuestro anhelo se plenifica.

¿Qué significa, para mí, creer en Jesús?